

MIQUEL BATLLORI



© ELOI BONJOCH

MIQUEL BATLLORI I MUNNÉ TIENE UNA CLARA PREDILECCIÓN POR LA HISTORIA DE LA CULTURA, SIN EXCLUIR LA HISTORIA POLÍTICA Y ECONÓMICA. COMO HISTORIADOR, PREFIERE DEJAR DE LADO LAS IDEOLOGÍAS. LA MAYOR PARTE DE SU TRABAJO LO HA DEDICADO A HACER UNA INVESTIGACIÓN SOBRE LA HISTORIA DE LA CULTURA CATALANA Y SU RELACIÓN EUROPEA. SE HA ESPECIALIZADO EN RAMON LLULL, ARNAU DE VILANOVA, LOS BORGIA (BORJA), EL SIGLO XVIII Y LA ILUSTRACIÓN.

ASSUMPCIÓ MARESMA PERIODISTA

Miquel Batllori i Munné vive entre Roma y Barcelona. Fue director de la revista "Archivum Historicum Societatis Iesu". Es profesor emérito de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Asistente asiduo a los congresos internacionales de ciencias históricas y de la Corona de Aragón, ha formado parte del Comité Internacional de Ciencias Históricas. Es miembro de la Academia de la Historia de Madrid y miembro correspondiente del Instituto de Estudios Catalanes y de la Academia de Buenas Letras.

Su extensa bibliografía, publicada en distintas lenguas, supera los doscientos títulos. Tiene una clara predilección por la historia de la cultura. La mayor parte de su trabajo lo ha dedicado a hacer una sistemática investigación de muchas fuentes documentales de Europa y América sobre la historia de la cultura catalana y su relación europea. Se ha especializado en Ramon Llull, Arnau de Vilanova, la familia Borgia, el siglo XVIII y la Ilustración.

Cuando fue galardonado con la Medalla de Oro de la Generalitat, distinción máxima que otorga el gobierno catalán, el filósofo Pere Lluís Font dijo de Miquel Batllori i Munné que tenía "algo -o mucho- del huomo universale de las grandes horas florentinas".

Miquel Batllori i Munné ha cumplido recientemente los ochenta años. Nació en la Barcelona convulsa y llena de llamas anticlericales del año 1909, en el meollo de la ciudad, en la céntrica Plaça Catalunya. En 1928 se hizo jesuita, hecho que le valió el exilio a Italia al disolver la II República la orden de los jesuitas. La edad que le comporta homenajes, cumplidos y reconocimientos de méritos -como siempre demasiado tardíos-, no le priva de su vicio de investigar y escribir. Tiene, todavía, mucha tarea por hacer. La edad le afecta porque le obliga a hacer concesiones. Concesiones horarias, de tiempo; reducir las horas de trabajo y hacer alguna pausa cada dos años.

Pese a hallarse en uno de esos períodos de convalecencia, está redactando un discurso sobre el bicentenario de los Derechos del hombre en París, en 1789, para el Parlamento de Cataluña. Éste es uno de los muchos encargos que no ha podido eludir. Después tiene previsto regresar a Roma, para vivir lo que él denomina una "época distinta" dedicada a colaborar en el Diccionario de la Historia de los Jesuitas, trabajo que



tiene muy adelantado. Nos dice que sólo admite un 10% de las invitaciones que recibe.

Una vez terminada la tarea, se dedicará a concluir su obra más esperada, el Epistolario de los Borgia. Una obra que le reclaman de todas partes pese a que él, al parecer, no tiene prisa alguna en terminarla. En esta tardanza, llena de razonables razones, se puede entrever cierta voluntad de que la obra madure para llegar en el momento preciso, un momento en el que la polémica no les devore, ni a él ni a su obra.

Erudito, tiene la precisión de los sabios, llena de un vocabulario rico, llano y directo aunque, eso sí, siempre con algún giro jesuítico. Con esta arma lingüística evita, voluntariamente, a lo largo de la entrevista, evidenciar en exceso los descubrimientos del Epistolario, al tiempo que los insinúa. Se coloca al margen de los pseudo-borgianos y los anti-borgianos. Sabe que sin duda recibirá palos cuando el Epistolario se publique.

Tal vez porque lo sabe, en 1958 escribía: "En la historia no es necesario hacer apologías ni reivindicaciones, sino sólo aportaciones documentales y reflexiones que conduzcan a revisiones objetivas y serenas, por encima de cualquier pasión y prejuicio. Si los pseudo-borgianos se indignan porque no concedo beligerancia alguna a sus quimeras anticríticas, lo celebraré con un silencio despectivo. Y si los anti-borgianos me acusan de excesiva simpatía hacia el papa que ennoblecí, por última vez, en la cima del Renacimiento, su lengua, que es también la mía, perdónese la leve simpatía por su profunda y apasionada antipatía".

Partidario de las aportaciones documentalistas, Miquel Batllori nos explica también que, como historiador, prefiere dejar al margen las ideologías, que considera prejuiciales y perjudiciales. Nos dice también que, en historia, cada vez es más agnóstico.

Su vocación europeísta proviene de una época en la que no se hablaba todavía de Europa. Proviene de una Universidad, la de Barcelona, y sobre todo, de unos profesores, más aún, de unos maestros. En esta Universidad, y en 1928, se licenció en Historia y Derecho. Miquel Batllori es capaz de recordar cada una de las asignaturas y los profesores, y reconocer cada uno de sus méritos. La visión general e internacional que daba Bosch i Gimpera en sus clases de Historia Antigua, el profesor Angel de Peláez, con su Historia del Arte y, sobre todo, Jordi Rubió, de quien se considera discípulo. De todos los profesores destaca lo mismo, su capacidad para hacerle percibir la cultura como un hecho universal. "Fue en la Universidad donde me sentí mucho más catalán, mucho más europeo. Aquel fue mi punto de partida."

Buscando los orígenes, Miquel Batllori recuerda que su madre era cubana, hija precisamente del abuelo campesino que se fue a La Habana a hacer fortuna y que, por lo tanto, en su casa se hablaba castellano. "Fue en la Universidad donde tomé conciencia de lo que significa la catalanidad de nuestra cultura. Entonces cambié un poco de piel. Nunca he tenido que cambiar de chaqueta o de camisa, pero me sentí cada vez más catalán. Y me esforcé, cada vez más, no sólo por aprender la lengua y la literatura, sino por pensar igualmente en castellano que en catalán. Cuando era niño, en el colegio de



la calle Caspe, hablaba muy mal catalán y los niños se burlaban."

Para hablar de él, a quien no le gusta utilizar los superlativos ni ser hiperbólico -salvo en casos de estricta necesidad- se hace imprescindible recurrir a todos los superlativos posibles para calificar su catalanidad y su erudición.

-¿Cuál era la situación geopolítica de Cataluña, con respecto a Europa, en la Baja Edad Media?

-En primer lugar es preciso advertir, contra lo que se afirma muchas veces en el terreno periodístico, que la unión de Cataluña y Aragón, aun siendo una unión personal, no fue sólo una unión matrimonial, fue un pacto político.

Eso tuvo un interés político y económico muy importante. Por un lado, Cataluña tenía un hinterland más profundo; por

el otro, Aragón aseguraba su independencia de Navarra y Castilla, y la posibilidad de tener una salida al mar. Es un momento en el que se proyecta lo que debía ser nuestra historia, la de la Corona de Aragón en su conjunto, que era una pluralidad política en las tierras hispánicas y una unidad fuera de nuestras tierras. Desde aquel momento se da un fenómeno dual: nuestro rey era llamado, siempre, sólo rey de Aragón, salvo en los complicados documentos de cancillerías que especificaban todos los reinos y añadían al final Conde de Barcelona; mientras todos los súbditos del rey de Aragón, fuera de la península y las Baleares, solían ser llamados, simplemente, catalanes.

Un ejemplo es el privilegio de Pedro el Ceremonioso, para repoblación del Al-

guer cuando dice claramente que por "catalanes" entiende todos sus súbditos.

-¿Y es entonces cuando comienza la época expansionista de Cataluña?

-La unidad de la Corona de Aragón facilitó una expansión comercial a través de los Pirineos con los condados del sur de Francia, sobre todo de Toulouse y más aún de Provenza, que estuvo vinculada a Cataluña en distintos períodos. Y, por otro lado, la expansión que iba a tener Cataluña, en el orden político y comercial, hacia Italia, teniendo un puente en dirección al norte de África y Oriente.

La tendencia expansionista vertida hacia el Mediterráneo pasa por un matrimonio clave, el de Pedro el Grande con Constanza de Suabia, que permitirá re-



lacionar la Corona de Aragón con un mundo oriental que, por aquel entonces, era importantísimo para la vida comercial.

Vinieron después las ocupaciones de Cerdeña y Nápoles. Y si este último reino quedó políticamente separado de la Corona de Aragón, tras la muerte del Magnánimo, el catalán pervivió como segunda lengua de cancillería y el castellano como segunda lengua de corte.

-¿Qué relación tuvieron Barcelona y Valencia con Nápoles?

-Hay estudios serios, algunos todavía no publicados, como los que dejó inéditos el añorado Federigo Melis, sobre la gran aportación de aquellas dos ciudades a la conquista de Nápoles. En determinado momento, el rey Alfonso estaba casi acorralado y no lograba dar

el último asalto a la ciudad. Fue la ayuda económica de Barcelona y Valencia, y la ayuda militar de la familia Cabrera, con feudos en Cataluña y Sicilia, los que apoyaron la última campaña hasta la total sumisión de Nápoles.

Por eso, el rey Alfonso nos favoreció mucho. En 1494, su nieto Alfonso II recopiló los privilegios del gremio de los catalanes en la ciudad de Nápoles, que fueron extraordinarios en el comercio. Este gremio duró hasta Carlos II, es decir hasta fines del siglo XVII. Eso explica que a los comerciantes de Cataluña, Valencia y Mallorca no les interesara demasiado comerciar con América, preferían seguir con una experiencia medieval que les había dado gran empuje económico. De hecho, los viajeros extranjeros de la época hablan del

gran esplendor de la ciudad de Barcelona, cuando nosotros hablamos de decadencia. La supuesta decadencia, pues, no era tan grande, tal vez no fuera tanta desde el punto de vista económico.

-¿En aquella época de hegemonía catalana...

-Hegemonía es una palabra ultranacionalista que no me gusta. Está desfasada. En el comercio del Mediterráneo, Cataluña desempeñó un buen papel, pero hablar de hegemonía sería una exageración.

-¿Expansión o imperio?

-Expansión más que imperialismo, porque esta última palabra presupone dominación. En cambio, el sentido que tuvimos los catalanes, histórica y originariamente, fue aquel pacto político con



Aragón que permitió y aseguró la expansión mediterránea. Aquel primer pacto político entre Cataluña y Aragón y las subsiguientes conquistas de Mallorca y Valencia, crearon una unión personal, pero con un carácter cada vez más cercano a lo que en derecho constitucional actual se llama confederación.

-¿La expansión catalana fue política, cultural o económica?

-Primariamente fue económica, en segundo lugar, pero al mismo tiempo, política. Y en tercer lugar, cultural. Ahora bien, es evidente que Cataluña recibió de Italia mucho más de lo que le dio, sobre todo a partir del primer humanismo. Antes, la influencia de Ramon Llull, de Arnau de Vilanova y de algunos de nuestros grandes cronistas fue muy relevante en toda Italia.

-¿Le parece que los personajes de nuestra cultura que ha citado son los que más sobresalen, tanto en Italia como en otros reinos de Europa?

-Haciendo una investigación sobre los jesuitas catalanes en Italia, tras la expulsión del rey Carlos, llevé a cabo un rastreo sistemático de los más importantes archivos y bibliotecas de Italia. Centrándome en el campo de la cultura catalana medieval, vi que había tres personajes de las tierras catalanas que fueron realmente internacionales.

De Cataluña, San Ramón de Peñafort, de Mallorca, Ramon Llull y de Valencia, Arnau de Vilanova. Añadiría también, como hombre internacional, a San Vicente Ferrer, sobre todo en sus escritos espirituales y sus sermonarios. No hay demasiadas bibliotecas italianas y europeas con fondos medievales importantes en las que no estén representados estos personajes.

-¿A quién interesó Ramon Llull?

-Ramón Llull interesó a toda la nueva filosofía renacentista. De los escritores en lengua catalana, Ramon Llull es el que ha dejado, geográfica y cronológicamente, mayor huella.

El lulismo se recrea siempre. Encontramos primero un lulismo de tipo intelectual, sobre todo teológico-filosófico. A finales del siglo XV aumenta el interés por la ciencia como tal y, entonces, consideran a Llull un hombre que busca la unidad de toda verdad científica. Hacia 1400 aparece un pseudolulismo por el que muchos médicos escriben obras de alquimia que son falsamente atribuidas a Ramon Llull y que contribuyen a convertirlo en un mito.

Pero su presencia a lo largo de la historia no termina aquí. La persistencia de la combinatoria, tanto en el norte de Italia como en Alemania, hace que Llull esté muy presente en el mundo de Giordano Bruno, en la nemotécnica.

Cuando decae el lulismo de tipo filosófico y teológico comienza a surgir el lulismo de tipo crítico de vertiente histórica, que tiene su precedente en Mallorca, en el siglo XVI, con el padre Andreu Moragues, que fue el primero en intentar llevar a cabo una biografía más o menos crítica de Ramon Llull. En el siglo XVIII perdura el lulismo crítico que, después, se dio la mano con el lulismo del Renacimiento que desemboca en un interés filológico por Ramon Llull.

-¿Este movimiento cultural catalán está formado por personalidades aisladas o corresponde a un movimiento más amplio?

-Advertí que había un grupo de pensadores y escritores que habían tenido cierta trascendencia aislada, como Eixemenis. Pero hallamos también bastantes restos de una cultura que podríamos denominar catalano-apolitana. En este grupo hay un personaje catalán muy curioso, Lluís de Besalú, halconero de Alfonso el Magnánimo, que dejó un libro de cetrería escrito en italiano con ortografía catalana. Y otro, valenciano, Llop Despejo, de Orihuela, que escribió en italiano una historia sobre los reyes de Nápoles.

En los últimos años del siglo XV, uno de los clásicos italianos es Joan Garret, barcelonés, que se cambió el nombre por el de Cariteo, poeta dantesco, uno de los clásicos italianos del humanismo



pleno. Al mismo tiempo, hay una pervivencia de los espirituales medievales que, en la Corona de Aragón, llegó hasta muy entrado el siglo XVI. No me extenderé porque, últimamente, Alain Milhou ha hablado mucho y con precisión de ello.

-Dedicó usted muchos años a estudiar a los Borgia. ¿Por qué los Borgia son una de las familias europeas analizadas con más pasión y controversia?

-Porque los protestantes los utilizaron como ejemplo de corrupción católica en la Corte y en la persona de Alejandro VI. Eso les convirtió en un tema polémico, presente en toda clase de luchas entre católicos y protestantes.

Por otra parte, debo reconocer que dieron pie a la polémica. La única cosa que salva a Alejandro VI es que fue un valenciano muy inteligente. Supo jugar y conjugar la política pontificia con las políticas italiana, española y familiar.

-Se ha afirmado que sólo estaban pendientes de la política familiar.

-Se ha afirmado que la esencia de su política era la exaltación de su numerosa familia. Pero no era éste el único centro de su política. De su mandato puede decirse que deshizo todo el feudalismo -bajo de techo desde el punto de vista político, aunque alto desde el punto de vista cultural- de los pequeños estados de la Italia central y septentrio-

nal, para conseguir unos Estados Pontificios más coherentes.

Los Estados Pontificios de Pío IX eran, prácticamente, la perduración de los que se habían constituido en tiempos de Alejandro VI y César Borgia. Todo eso debe decirse con respecto al hombre político. Desde el punto de vista moral y personal Alejandro VI era una calamidad. Un hombre contradictorio, un hombre personalmente devoto pero humanamente amoral. Su hija decía que era l'huomo piu sensuale que e concutto del mondo.

-¿En la documentación sobre los Borgia que ha investigado, se habla de la relación entre Lucrecia y su padre?

-Hay dos documentos en el Archivo de Módena -ya conocidos-, un documento en el Archivo de los Jesuitas de Roma y otros dos en el Archivo Capitular de Valencia, de los que se deduce casi con certeza histórica que Lucrecia fue amante de Alejandro VI. Estos documentos se refieren a Juan Borgia I, Duque de Nepi y de Camerino.

-¿Utilizaban los Borgia la lengua catalana?

-La lengua catalana de Valencia era la lengua de la corte romana. Incluso hay cartas de un tal Ortiz a un cierto Carranza, ambos castellanos, en catalán. El catalán era la lengua de la Corte y, como tal, respetada y empleada.

-Ha trabajado usted, durante mucho tiempo, en el epistolario de los Borgia. ¿Sigue trabajando en ello?

-El epistolario de los Borgia debe estar muy bien anotado. Debe hacerse una edición crítica. Calculo que serán cinco volúmenes. De éstos, tengo tres preparados con el apartado filológico hecho, para componer el apartado histórico espero la ya inmediata publicación de los documentos recogidos en Valencia por Lluís Cerveró i Gomis, en cuya compulsación trabajan ya dos becarios de la Generalitat valenciana. Este estudio abarca del siglo XII al siglo XVI. Llego hasta la época de San Francisco de Borja y de sus hermanos y hermanastras. A partir del verano próximo, si Dios quiere, cuando haya terminado el último volumen del Archivo Vidal i Barraquer, pienso dedicarme al prólogo de la historia de la familia Borgia y pasar a la publicación del epistolario.

No me arrepiento de no haber publicado antes el epistolario de los Borgia, porque en los cuarenta años que han pasado desde que inicié el trabajo han cambiado muchas cosas. Ahora, tras este siglo freudiano y de revolución sexual, la gente está más preparada, incluso la gente "más piadosa" se escandaliza menos. Hay hechos que, contados cuarenta años antes, hubieran sido muy escandalosos. ●